



Unión de Sindicatos de Trabajadoras y Trabajadores en Andalucía
(Intersindical Andaluza)

Boletín de la Afiliación

Extra
Junio 2007

C/ Salido, 18 -1º Izda -23004 / Apdo. Correos 308 - 23080 - Jaén
Tel. 953236125 - Fax 953245033 - C. Elect.: jaen@ustea.org
www.ustea.org\usteajaen.htm

D.L. J-194-1996



*«Y va tejiendo la tarde
una tela fría de araña,
donde bordamos los sueños
que nos devuelven el alba»*

Poemas y narraciones para la sobremesa de un 8 de Marzo

Secretaría de la Mujer de USTEA-Jaén

La mujer de Lot

LA MUJER DE LOT 1

Miré atrás dicen que por curiosidad.
Mas, curiosidad aparte, pude haber tenido otras razones.
Miré atrás de pena por la fuente de plata.
Por descuido, mientras ataba la correa de mi sandalia.
Para no mirar más el cogote justo de mi esposo. Lot.
Por la súbita certeza de que si muriera, ni siquiera se habría detenido.
Por la desobediencia de los sumisos.
A la escucha de la persecución.
Tocada por el silencio, esperando que Dios cambiara de parecer.
Nuestras dos hijas ya desaparecían detrás de la cima de la colina.

Sentí la vejez en mí. La lejanía.
La vanidad de la andadura. El suelo.
Miré atrás al poner el hatillo sobre el suelo.
Miré atrás por temor a dónde dar el paso.
En mi sendero aparecieron serpientes, arañas, ratones, polluelos de buitres.
Ya ni lo bueno ni lo malo -simplemente todo lo vivo.
Reptaba y saltaba en pánico colectivo.
Miré atrás por mi soledad.
Por vergüenza de estar huyendo a hurtadillas.
Por ganas de gritar, de volver.
O quizá sólo cuando arreció el viento soltó mi cabello y me levantó el vestido.

Sentía que me miraban desde las murallas de Sodoma y rompían en carcajadas sonoras, una y otra vez.
Miré atrás por rabia.
Para saciarme de su gran perdición.
Miré atrás por todas las razones arriba expuestas.
Miré atrás de forma involuntaria.
Fue sólo una piedra la que giró rugiendo bajo mi cuerpo.
¡Fue una grieta la que, de súbito, me cortó el camino!
En el borde un hámster se agitaba sobre sus dos patas.
Y fue entonces cuando ambos miramos atrás.
No, no. Yo seguí corriendo, arrastrándome y levantando el vuelo, hasta que la oscuridad cayó del cielo, y con ella la gravilla ardiente y las aves muertas.
Por falta de aliento giré repetidas veces.
Quien lo viese habría pensado que bailaba.
No descarto que tuviera los ojos abiertos.
Es posible que me desplomara con el rostro vuelto hacia la ciudad.

LA MUJER DE LOT 2

Se te iba haciendo el cuello de sal y la sonrisa de piedra,
y eran páramos los campos
y la ciudad azufre,
y habías vuelto el rostro fuera del orden propio natural
(o invitada por este mismo orden),
olvidando la antigua dulzura consabida,
y supiste de pronto
que era aquel gesto tuyo
quien prendía las llamas.

1.- Wislawa Szymborska. (1997) El gran número, Fin y principio y otros poemas. Madrid: Hiperión, pp. 111-112.

2.- María Victoria Atencia. (1984) Compás binario. Madrid: Hiperión. p.46.

Textos leídos por Lydia Cañas



UNA TARDE

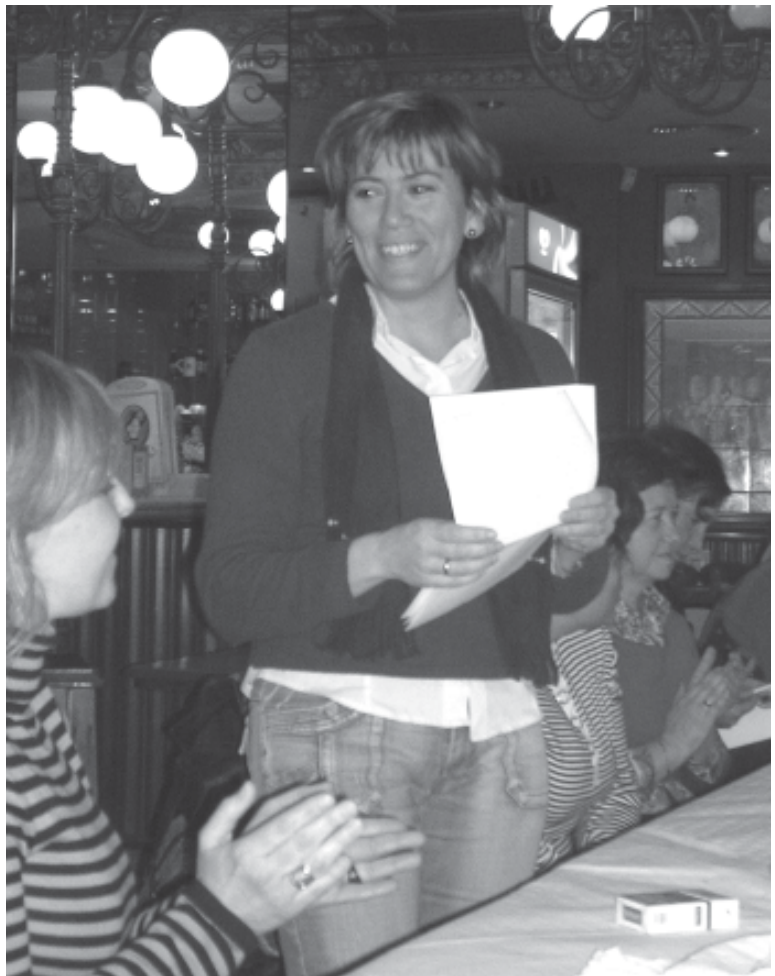
Comerse a mordiscos una tarde,
como si fuese la única
y hubiésemos engullido alguna que
otra mañana,
y nos hubiesen servido algunas ho-
ras
en el postre, gastando los dedos
en saborear el crepúsculo.
Una tarde que se dejara coger con
las manos
y arroparnos a puñados con ella
sin hablar.
Una tarde que cayera como la lluvia
y aleteara en el paladar de nuestra
boca
hasta la última gota de la noche.

A VECES LA CIUDAD

A veces la ciudad como una novia
nos coge de la mano y nos mezcla
con los buenos días de otra gente,
y nos lleva hasta la abertura de una
calle
y nos sorprende la sonrisa olvidada del tiem-
po.
A veces un banco de cualquier plaza
medita en la página de Hamlet,
o se siente pequeño entre molinos de viento
que cruzan las avenidas moviendo las aspas.
A veces las hormigas de los pies
nos zarandean levantando la cabeza
en cualquier parte.
A veces el laberinto de las vías
forman un nudo embotellado
lleno de humo y los ojos no responden.
A veces la ciudad se asoma al mural
de sus ventanas y nos saca a pasear los de-
monios.

MUJER

Voy a mirarte mujer, (será como mirarme)
Que sea el silencio de tus ojos
quien abra el libro de tu párpado
y escupa los alfileres clavados en la habita-
ción pequeña
donde duerme el ruseñor;
allá, en ese cuartucho comenzaste a afilar las



uñas
entre la tierra
y a remover el agua tranquila de los peces.

Mirándote despacio, nadie diría que tu voz
fue la cascada que a pie de río
esperase con su remo en cada orilla,
y batiera las sombras hasta detener el miedo
de los días aciagos,
que intentaron ahogar el girasol de la mañana.

Desde este rincón contemplo las esquinas de
tu coraza;
tu ropaje rasgado en las caídas,
y fueron tantas veces
que renacer comenzaba con levantar la rodilla
del suelo
y caminar, siempre caminar,
luchando con extraños molinos de viento.

**Textos escritos y leídos por
Encarni Fernández**

Poemas de Rocío Biedma

TE ESPERARÉ

Te esperaré,
aun sabiendo que el mañana
no esperará por mí
y los días intentaran arrebatar me la paciencia
con que bordo en mi corazón tu nombre.
Te esperaré,
aun sabiendo que el manantial que hoy me brota de
los labios
puede secarse y agrietarme aún más la piel, o,
tal vez,
desbordarse y ahogarme en la ternura que te guardo.
Te esperaré,
aun sabiendo que la tela ennegrecida que teje el tiempo
intentará taparme el frío gélido de tantas ilusiones no
vivas
y descoserme cada estrella que
bordé en tu cielo
con hilos de mañanas y de esperas.
Te esperaré, amor,
porque sé que has de venir,
aunque antes ya estuvieras,
y pondré en tu corazón todos los
sueños no vividos,
y en tus manos hilaré feliz todas
las primaveras,
y sólo habrá amaneceres en tu
nombre
y me florecerán los labios para de-
cirte amor,
el tiempo que te esperaré,
mientras tú quieras

QUIÉN TE HA DICHO QUE VINIERAS

Dime por qué, amor,
llegas a mí, si yo no te he llamado.
Me pregunto por qué irrumpes
y me quemas los trigales,
y me arrancas las violetas,
haciéndome pedazos este banco de madera
que ayer hice despacito
para sentarme algún día y pensarte,
mientras cruzaras el patio.
Dime por qué, amor,
te bebes en Abril mis humedales,
y amargas la frescura de esta agua
que me lava el tiempo de ilusiones.
Y me golpeas los ojos
en busca de cristales escondidos
y me desvistes del pecho los bordados
para mirarme aún más de cerca,
y te callas,
mientras suena el dolor que se me sale del pecho,
y pretendes derribarme, a golpe de tijeras,
con ausencias y con besos mal cosidos.
Dime, amor, ¿cómo te atreves?,
después de florecerme el pelo de luciérnagas,
a suplicarme el silencio
cuando vienes y sacudes las flores que hube hilado
en la colcha de mis sueños.
Y me dejas tan herida...
sin bolsillos de esperanza,
partida de amor, contigo,
¡sola!
sin haberte dicho que vinieras.

DONDE DUERMO

Mi amor está escondido
sin quererlo,
debajo de las flores y los sueños,
y abona y alimenta
sin saberlo,
jardines de ilusiones en silencio.
Si vienes donde duermo...

Derrámame la savia que me ahoga, ahuécame el flo-
rido de mi pecho,
deslígame las ramas que me enredan las entrañas,
destíñeme el azul del limbo de mis sueños,
y déjame dormir,

mientras fecundo semillas de pasiones y de versos,
enterrada en el jardín del des-
encanto y el silencio.
Si vienes mientras duermo...
Saldrán en primavera de mi tie-
rra las mil flores,
y una explosión de amor y de
color habrá en el viento,
y el silencio de tus ojos escribirá
mi nombre,
...si vienes,
encima de la tumba, donde duer-
mo.

CUANDO CIERRAS LOS OJOS

A veces
cierras los ojos
y miro la ternura de tu frente,
la mañana de tus gestos
y el silencio de tus manos que, a
oscuras, rozan mis sueños.
Entonces
cierras los ojos
y siento cómo buscas en silen-
cio

la repuesta de mis labios,
como si diesen la luz
a tu tiniebla de invierno.
Más tarde
cierras los ojos
y noto estremecerse en gemidos
lo sereno de tu pecho,
y se te rompe la luz
herida de tantos besos.
Otra vez
cierras los ojos (tan tierno),
mientras hurgas en lo oscuro
por debajo de mi pelo
y derrochas tu ceguera
como agua entre mis dedos.
Y cuando cierras los ojos,
callada me voy metiendo
en la luz con que me amas,
cegándome hasta el aliento,
así, cerrando mis ojos ...
entonces desvanezco.

Textos leídos por Chelo Camacho



APOLONIA LA DE LA MERMELADA

Gianni Rodari

En San Antonio, a orillas del Lago Mayor, vivía una mujercita que sabía hacer tan bien la mermelada, que sus servicios eran solicitados en Valcuvia, en Valtravaglia, en Val Dumentina y en Val Poverina. Cuando llegaba la época, la gente acudía desde todos los valles, se sentaba a contemplar el panorama del lago, recogía alguna frambuesa de entre los matorrales y luego llamaba a la mujercita de la mermelada:

- ¡Apolonia!
- ¿Qué hay?
- ¿Querría hacerme una mermelada de mirtos?
- Está bien
- ¿Querría ayudarme a hacer una mermelada de ciruelas?

- En seguida

Apolonia, aquella mujercita, tenía unas manos verdaderamente de oro, y hacía las mejores mermeladas del Varesotto y del Cantón Ticino.

Una vez vino a verla un mujercita tan pobre que no tenía siquiera un puñado de bellotas para hacer mermelada, y entonces llenó su delantal por el camino de castañas silvestres.

- Apolonia, ¿querría hacerme una mermelada?
- ¿Con eso?
- No he encontrado otra cosa...
- Qué le vamos a hacer, lo intentaré.

Y tanto lo intentó Apolonia, que de aquellas castañas silvestres obtuvo la maravilla de las mermeladas.

En otra ocasión, aquella mujercita de Arcumeggia no encontró ni siquiera castañas silvestres, porque al caer, las hojas secas las habían ido ocultando; por eso llegó con el delantal lleno de ortigas.

- Apolonia, ¿quieres hacerme otra mermelada?
- ¿Con ortigas?
- No he encontrado nada más...
- Qué le vamos a hacer; veamos.

Y Apolonia tomó las ortigas, las lavó y las cortó, las azucaró y las hizo hervir como sólo ella sabía hacerlo y obtuvo una mermelada como para chuparse los dedos.

Porque Apolonia, aquella mujercita, tenía las manos de oro y de plata y hubiera hecho mermelada incluso de piedras.

Una vez pasó por allí el Emperador, el cual también quiso probar la mermelada de Apolonia, y ella le dio un platito lleno, pero el emperador se disgustó después de la primera cucharada porque había caído una mosca en el platito.

-¡Qué asco! – dijo el Emperador.

- Si no hubiera sido buena, la mosca no habría caído en ella – dijo Apolonia.

Pero el Emperador estaba ya tan enfadado, que ordenó a sus soldados que le cortasen las manos a Apolonia.

Entonces la gente se rebeló y le dijo al Emperador que si él hacía que le cortasen las manos a Apolonia, ellos le cortarían a él la corona con toda su cabeza, porque cabezas para

hacer de emperador pueden encontrarse por cada esquina, pero manos de oro como las de Apolonia son mucho más preciosas y escasas.

Y el Emperador tuvo que aguantarse.

MUJERES DE OJOS GRANDES

Ángeles Mastesttra

Era tan precavida la tía Mari que dejó comprado el baúl de olinalá en el que deberían poner sus cenizas. Y ahí estaba, en mitad del salón donde quienes la quisieron habían venido para pensar en ella.

Tía Mari tuvo una amiga de su corazón. Una amiga con la que hablaba de sus pesares y sus dichas, con la que tenía en común varios secretos y un montón de recuerdos, una amiga que estuvo sentada junto al cofrecito sin hablar con nadie durante todo el día y toda la noche que duró el velorio.

Al amanecer se levantó despacito y fue hasta él. Cuando estuvo cerca, sacó de su bolso una cuchara y un frasco, alzó la tapa de madera perfumada y con la cuchara tomó un poco de ceniza y lo puso en el frasquito. Hizo todo con tal sigilo que quienes estaban en la sala imaginaron que se había acercado para rezar. Sólo fue descubierta por un par de ojos, a cuya dueña le rindió cuentas tras verlos brincar de sorpresa:

- No te asustes – le dijo -. Ella me dio permiso. Sabía que me haría bien tener un poco de su aroma en la caja donde están las cenizas de los demás. Siempre que puedo me llevo un poco de los seres a los que seguiré queriendo después de muerta, y lo mezclo con los anteriores. Ella me regaló la caja de marquetaría donde los guardo a todos. Cuando yo me muera, me pondrán ahí adentro y me confundiré con ellos. Después, que nos entierren o nos echen a volar, pero juntos.

Textos leídos por Antonia Mulero



A TI, MUJER

Primavera ardiente
del alma
en siglos milenarios.
Raíz anclada
en el vuelo fugitivo de las alas.
Ardiente suspiro
sobre libertades cabalga,
y sobre tu piel de armiño
naufraga la pena callada.

La historia que escribieron
con letras sepultadas
de olvido y oprobio
sobre hileras cortadas
sin surcos, es cultivo
donde la pena habita
bajo el rumor sordo del latido
más sincero.

La historia calla
lo que nunca quiere.
Y los remolinos del mar
afloran las tempestades
que nunca se pierden.

Pero Historia cobra su rumbo
en alamedas de sueños
donde las utopías no son de hierro,
sino de manos fundidas
en el recuerdo
que hila el vellocino de tu embeleso.

Mujer, para la historia y en la historia,
te nombrarán así
sin el olvido de la tumba,
que nunca regresa sobre los pasos bien contados.

RÍO ETERNO

Si pudiéramos apresar la infancia,
las espigas y el viento,
lo que dejamos de ser
y ya nunca tendremos.

Si pudiéramos volver a la isla de los sueños
y ser sólo gaviotas de fuego.

Si pudiéramos cerrar los ojos
bajo el límpido cielo
con la sonrisa alada del más firme deseo.

Si pudiéramos desechar las lágrimas,
el vacío y el silencio...

Si pudiéramos ser sólo dioses.
Sólo dioses en los abrazos y en los besos.....
Te diría te quiero.

**Textos escritos y leídos por
Victoria Godoy**



CRISTAL DE ENSUEÑO

Triste está la tarde.
Casi un sudario parece.
Por el balcón del viento
vuela la luz.

Gotas de lluvias tras los cristales.
La infancia en remolinos por los aires.
Las hojas mustias de la catedral
acechan, y el viento trae prendido
el tacto del sur.

Estás aquí, a pesar de la ausencia.
Y los árboles tiritan su calor frío,
agigantando el puente de la memoria.

***Tant' amáre, tant' amáre,
enfermaron welyoš gayos
é dolen tan male.***

Quizás amor sea la eterna ausencia.
El dardo clavado en la fiel herida.
La lluvia vieja de una melodía
sin fin en el desierto mundo del sinsentido.

El crepitar del volcán cada octubre,
jacinto del aroma en el recuerdo.
El temblor entre las lágrimas negras,
y la albura del lirio entre amapolas sedientas.

Quizás amor sean las hojas verdes
que nos labran.
La infinitud del universo.
Y la sangre siempre acelerada.
Las torpezas.
Los olvidos.
La canción desesperada
que ya nunca ronda la casa.

¡Y mil lluvias de caracolas
que de rocío azul nos empapan...!

La eterna sed que persigue y sigue...
El amor que solo llama.
Las manos tristes que amamos...

El alma que en pena vaga.